

NOTICIAS DE ESPAÑA

NOTICIERO DEL ESTADO AZUL

La Comisión, nombrada al efecto, por el Ayuntamiento de Barcelona ha emitido el primer de sus fallos en los expedientes de depuración de empleados municipales. De 407 funcionarios expedientados, 166 han sido readmitidos sin sanción alguna; 36, inhabilitados para

puestos de mando y confianza; 19, separados temporalmente del servicio, y 184, suspensos de empleo y sueldo por tiempo indefinido.

—Ha sido detenida y encarcelada en Barcelona, "por su actuación favorable a los rojos", la ilustre escritora María Luz

Morales. Se le acusa de haber escrito en "La Vanguardia" de Barcelona durante la guerra, cuando el aludido diario era republicano, María Luz Morales, que se ausentó de España al entrar en Barcelona las tropas franquistas e italianas, había regresado a la capital catalana hacía unos meses.

—El Ayuntamiento de Madrid, en una de sus últimas sesiones, ha acordado dirigirse al ministro del Interior para solicitar de él, respetuosamente, que se atribuya al Municipio la distribución del racionamiento alimenticio. Ahora, este menester incumba al Estado, que cobra para sí el importe de cada cartilla de racionamiento — dos pesetas — aunque estas se imprimen por cuenta del Ayuntamiento.

—Han sido detenidos en Fitero (Navarra) Andrés Serna de caya; Angel Ruiz, de 22 años y natural de Ermúa (Vizcaya), vecino de Logroño, y María Bues, madre del primero. Los tres eran pordioseros y se les acusa de haber asesinado, durante su estancia en el Refugio de Mendigorría (Navarra), a Lucas García Pérez, de 55 años y natural de Palencia, también mendigo de oficio. El crimen fue cometido para robar cincuenta céntimos a la víctima.

—El padre jesuita Enrique Herre, rector de "El Debate" y del arriero Oria — hermano del ex dictador concesionario del Teatro Español — ha regresado de su viaje a Italia y está dando conferencias por toda España para encomiar las ventajas de la educación fascista. El padre Herre-

DOS CLASES DE ESPAÑOLES

Quisiera o no, España se encuentra dividida en dos campos: los defensores de la República popular y la minoría falangista. Diario de Navarra ha publicado la siguiente circular: "Por la presente circular recuerdo a los señores Alcaldes de la provincia: 1.º — Que los que pertenecen a Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. con la categoría de militantes, no necesitan para viajar salvoconducto de ninguna especie.

2.º — Que los no pertenecientes a Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. con la indicada categoría, necesitan, para la expedición de salvoconducto, proveerse del certificado de adhesión a la Causa Nacional, expedido por el Jefe local, previo pago de 0,50 pesetas en sellos de cotización, según la circular número 33 de la Secretaría General del Movimiento."

Y el que no pueda proveerse del certificado, no puede moverse. Sólo los falangistas muy conocidos tienen la facultad de trasladarse de una localidad a otra.

Las gentes tienen que apelar como es lógico, a todo para no morir de miseria. Pagar, el que tiene, precios abusivos por los pocos artículos que encuentre; aumentar el número de raciones en las cartillas, etcétera, etcétera. De este procedimiento se ocupa el gobernador de Guipúzcoa, según refleja "Diario de Navarra" en el siguiente suelto:

San Sebastián. — El gobernador civil ha impuesto varias sanciones, que van de 100 a 1.000 pesetas, a algunos vecinos, por tener cuartillas de racionamiento con un número abusivo de personas.

ra es vocal de la Comisión de Enseñanza media del Estado. LEA Y DIFUNDA. "ESPAÑA DEMOCRÁTICA"

Es una farsa la reconstrucción

Siguen los franquistas, en medio del caos que en España impera, hablando de reconstrucción. Según ellos, los millones de pesetas corren como el agua para levantar la España que ellos destruyeron. Pero sabemos que nada de esto es cierto. En nuestra patria no hay trabajo, no hay dinero, el pueblo ofrece una resistencia feroz al franquismo, y conforme el tiempo transcurre, la situación es más crítica. De lo que realmente es

la tan cacareada reconstrucción nos dará una idea el siguiente suelto de París:

PARIS, abril 16. — Por noticias de fuente fidedigna se conocen hoy los fundamentos ciertos en que se basa la Prensa española sus informaciones sobre la acelerada reconstrucción de Madrid. Continuamente los periódicos de la capital publican reportajes e informaciones sobre el trabajo continuo de construcción en Madrid. Dicese que a un ritmo creciente se reconstruyen los barrios extremos de la ciudad, y que pronto Madrid tendrá su fisonomía de la pre guerra. Lo cierto es que durante el invierno pasado, uno de los más crueles que se hayan conocido en España, las 50.000 familias que habitan en los barrios extremos de la capital se vieron obligados a levantar con materiales de fortuna y aprovechando la madera de las trincheras de la Ciudad Universitaria, pequeñas casuchas incómodas para protegerse del frío terrible y el viento helado de la Sierra. A este esfuerzo desesperado de la población trabajadora de Madrid llaman los periódicos franquistas "reconstrucción a un ritmo acelerado de Madrid".

La noticia descubre la realidad. Nada de reconstrucción. El pueblo es quien, con su esfuerzo — como siempre, — procura cubrir sus necesidades. Pero los franquistas no hacen ni lo que es más, harán nada para reconstruir España. ¿Cómo van a reconstruir nuestra patria los que la destruyeron, los que están dispuestos a acabar de destruirla lanzándola a la guerra?

En la España fascista un chiste puede costar largos años de presidio

El chiste, en España, es perseguido. Quien osa decir algo que ponga en ridículo, al régimen franquista, es encarcelado y castigado en forma ejemplar. Pero en España los chistes se dicen a millares.

Daremos un pequeño párrafo aparecido en el órgano oficial de la Falange de Madrid, "Arriba".

"Dentro de ese perverso conglomerado de lo típico, de lo castizo español, alienta todavía el chiste como un viejo pecado, como el arma blanda de la cobardía, como una patente de ingenio utilizada por los malignos y los inocentes:

"Y es que el chiste es siempre una derivación de la crítica negativa que tanto hemos padecido los españoles.

"TODO ESPAÑOL QUE SE DEDIQUE A LA PROPALACION DE CHISTES Y RETRIBUCIONES OFENSIVAS A LA PURA HONRA DE LA VIDA NACIONAL, ES UN TRAIDOR."

¿Qué les habrá pasado a los franquistas para que se expresen en tan terrible forma de los chistosos? Lo mejor para saberlo es que contemos un chiste:

"El general Varela es uno de los jefes franquistas que más acostumbra a echar la culpa de todo a los "malditos rojos". Si no hay pan, si falta café, si se muere alguien, los rojos tienen, invariablemente, la culpa.

"Hace poco tiempo, este general, tuvo que abandonar su oficina para dirigirse, maldeciente a su casa, llamado por su esposa que acaba de dar a luz. Al llegar, el portero le entregó una tarjetita, en la que está inscrita esta delicada inscripción: "Nos suponemos que, una vez más, esos malditos rojos tienen la culpa".

Y estos corren de boca en boca. El pueblo los repite en las plazas, mercados, en todas partes.

"Hemos escapado del conflicto de Checoslovaquia; no vayamos ahora a degollarnos por la cuestión española". Chamberlain

Y por la cuestión española se están degollando. Porque hubo tres maneras de abordar la cuestión española: la nuestra, la del pueblo español, combatiendo contra la invasión interior y extranjera, contra el fascismo contra la voluntad de guerra. Pacifismo militante y defensivo, que arrostra la guerra contra la guerra, que concentra la guerra localmente, que acepta su reto, para matarla universalmente. Otra, la de los ingleses, la del Gobierno inglés, que bloquea y deja inerte al pueblo español, diciendo que así localizaba eficazmente el conflicto, evitaba la conflagración y salvaba de este modo la civilización. Por fin, la de los agresores y su quinta columna española que también se decían salvadores de la civilización, pero no de la guerra — madre de todas las cosas — sino del comunismo.

El pueblo español ha ofrecido la prueba de su razón con la demostración al absurdo que ha seguido a su inmolación: la guerra. El Gobierno inglés ha ofrecido la prueba macabra de su desafortunada insensatez al no poder asegurar la paz ni siquiera durante la precaria generación chamberlainiana. Los fascistas italo-germanos se han salvado con la suya: la guerra. Lógica profunda de los acontecimientos, más implacable siempre que la de los conceptos.

Sólo el pueblo español decía la verdad, la sentía en su raíz y daba consecuentemente testimonio de ella. Desde cuando no se había muerto con la naturalidad verdadera y verídica con que moría el miliciano? ¿Cuándo se ha muerto con mayor teatro que en esa muerte encamisaada parda, negra o azul? ¿Y cuándo se han amparado más crímenes con buenas y saludables palabras?

Palabras, palabras y palabras. "Hay que evitar, a todo trance, la guerra. Hay que dejar al pueblo español que decida, por sí mismo, su suerte. No hay sino llamar "voluntarios" a los soldados alemanes e italianos. Y "no intervención" al bloqueo. "Nacionales" a los instrumentos del extranjero. A los matan-ñones, gentes de orden y a los matricidas, gentes de religión. Todo eso pedía la civilización. Siempre había tiempo para "reconsiderar" la política o seguir y para "negociar" con los que no tenían ninguna otra consideración negociable que la suya: la guerra. Se "negoció" con la paz y se la puso de precio la generosa sangre española. Y el gran negociador, que había salido bien preparado de la Tesorería, acaba de volver a su espelunca

después de haber hecho el negocio más redondo: vender al pueblo español definitivamente en Munich y comprar la guerra en Polonia, en Dinamarca, en Noruega, en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Inglaterra...

¿Por qué tantas palabras? ¿Por qué tantos crímenes? El "diplomático desconocido" E. Dzelepy, que sufre persecución por la justicia, — por España, — en Francia, en su luminoso alegato "Inglaterra en España", (1) insiste: "la clave estaba en Burgo, o en Roma, o en Berlín, sino en Londres". ¿Y cuál era esta clave? Dzelepy nos la da como a pesar suyo y furtivamente, pues si empieza diciendo: "Para captar la verdadera significación del problema español, hay que despojarse de todo prejuicio de orden social y considerarlo bajo el ángulo de la política internacional", y exponer consecuentemente, con la implacable lucidez del patriota griego resentido, todos los entresijos de la política exterior inglesa, al final de su amargo itinerario nos confiesa: "La desdicha es que la Inglaterra del Gobierno "Nacional", que tiene la fobia del "bolchevismo", que manifiesta abiertamente sus simpatías por todos los países fascistas y estimula los planes de cruzada antisoviética, se inclina a favor de los que, a sus ojos, representan el "orden" en España, desea su victoria y hace deliberadamente su juego. Esto puede disgustar a muchos, pero está bien que se sepa si se quiere ver claro en la situación actual". (Le complot espagnol, Paris, 1936). Tarde se ha visto claro: ha sido menester, además de la guerra, la invasión de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, para que Chamberlain tenga que retirarse a su hirsuta cueva, bajo la acusación doble y la misma de haber hecho Munich y de haber entregado a España.

¿Qué olfato el de Goebbels, cuando escoge para bautizar a los rebeldes de España el nombre de "nacionales", que ya habían empleado con éxito los alemanes de la guerra del Báltico! Dos pájaros de un tiro. También el Gobierno conservador inglés era "nacional" y "nacionales" fueron las tropas que cobartaron a los bolcheviques rusos en el Báltico! Que en España no hubiera habido nunca "nacionales", no importaba nada porque, con ayuda de la propaganda, el nombre haría a la cosa.

Pues que de olfato se trata, intentemos proseguir canina, mental el rastro. En la asamblea anual que reunió al Consejo de la Compañía de Minas de Río Tinto en Londres, por los primeros meses del 37, su presidente, el ex-Ministro inglés Geddes, declaraba que el Gobierno español de Frente Popular se hallaba, antes de estallar la rebelión, frente a un movimiento

Entre dos guerras

Por Eugenio IMAZ

revolucionario que era incapaz de dominar, y todos los "nacionales" del Imperio se lo creyeron; palabra de gentleman, que se permite hablar así de un país que lucha desesperadamente con una invasión y donde él tiene intereses protegidos. Sigamos el rastro. En abril del 38, unos meses antes de la rebelión y pocos días antes del triunfo del Frente Popular, francés, un tal Georges Rotvandt, en un suplemento al "Bulletin Quotidien", órgano del Comité del Forges, editado por la Société d'Etudes et d'Informations Economiques, publica L'Espagne, le régime du Front Populaire, donde se encuentran las siguientes informaciones económicas: "El Gobierno prisionero; el deslaminamiento hacia la anarquía; la legalización de la acción directa"; y estudios de ecotécalbre: "por otra parte se han formado en todos los ministerios una especie de soviets"; por esos mismos días Gringoire, Le Jour, etc. etc., publicaban con lujo de detalles y de fotografías relatos de los mismos horrendos crímenes que, durante el movimiento, tendríamos forzosamente que cometer. Por ejemplo, el amor libre se practicaba en Madrid en plena calle. Un Cristo, no sé si en Denia, había hecho un milagro para evitar su profanación, levantando la mano desclavada contra el sacrilegio. En Francia nosotros presenciábamos reiteradamente otro milagro: que el franco bajaba cada vez que el Gobierno francés de Frente Popular parecía alborotarse con las provocaciones germano-italianas, o marcar una política social un poco avanzada. El tirón, como es natural, o sobrenatural, venía de la City.

La City estaba asustada, como muchos franceses, con el Frente Popular de Francia. El triunfo del Frente Popular Español contra una insurrección armada hubiera fortalecido enormemente al de Francia. Está todavía — y agrandado retrospectivamente — el susto medroso por las huestes de brazos caídos. Ni un momento de vacilación cuando estalla la rebelión española completada por el extranjero: que salga, cuarto antes, triunfante. Cuanto antes y de cualquier manera: con hecatombes de inocentes, con bombardeos de Almería. Todo en nombre de la humanidad, de la civilización y de la paz.

Esto de la paz era para los franceses. Para los lectores del Bulletin Quotidien y para otros, para los de "antes el fascismo que la guerra", para los de "an-

tes Munich que la guerra", una guerra que se ha fraguado — ahora lo ven con ojos de ira, — precisamente en Munich. En Munich, Inglaterra disloca el Frente Popular francés y desguarnece a Francia, para tener la más a su merced, con el espantajo de la guerra. El espantajo se ha convertido en el espectro verdadero de la guerra, y Alemania ya no tiene enemigo al Este. Porque, después de Checoslovaquia y de España, Inglaterra ha obligado a Francia a entregar también a Polonia. En plena guerra Inglaterra sigue "negociando" la paz. Conveniencia de que los métodos de la guerra total no se deben aplicar más que a los pueblos débiles, a los que no pueden dar adecuada respuesta — como España y como Polonia, — asiste indiferente al bombardeo de las ciudades de su aliada. Sigue en plena guerra "negociando" la paz para canalizar orientalmente una guerra que se le ha venido tan incoherentemente encima. Tan incoherentemente: por asegurar, como dice, la independencia de un pueblo débil.

Al Munich de Munich siguió un intento de Munich mediterráneo. Pero los "nacionales" llegaron a Barcelona después que Chamberlain a Roma y Francia pudo ensayar los diestros. Con "negociaciones" y "consultas" se podían arreglar todas las causas de conflicto en Europa. No hay más que verlo. Eso mismo debe pensar, en estos momentos, Italia. Con toda la miopía atesorada por su petulancia financiera, creía el conservador inglés elaborar perfectamente un nuevo equilibrio de potencias en Europa cuando de lo que se trataba, para el fascismo, era nada menos que de un nuevo reparto de la Tierra.

Si ha habido tres maneras de abordar la cuestión española, la nuestra, la inglesa y la italo-germana, tres frases marcan lapidariamente las responsabilidades históricas de la terrible hora. Europa parece entregada a todos los demonios de la destrucción. Como una nueva fuerza, telúrica, la de la técnica que anima la infernal furia humana, las legiones germanas van devorando por días las naciones. Naciones venerables que, como Holanda, han sido para Europa se dijo oficialmente en varias invernadero de libertades:

Rápido como el rayo, tu pensamiento ha venido.

Y así ha venido, como el rayo, el pensamiento de la guerra:

la guerra fascista total y relampagueante. Nosotros conocimos los primeros su furia demoníaca, y dijimos, pensando en el mundo: "¡No pasarán!". Sí, pensando en el mundo, dándonos perfecta cuenta de lo que para él significaba la primera resistencia armada contra el fascismo, contra la guerra. Dándonos perfecta cuenta también de toda la ingente y cruenta dificultad del empeño. Cuando, en los comienzos de la rebelión, vimos en Madrid el primer avión alemán de bombardeo, que había equivocado su ruta, lo arrostramos todo. Bien es verdad que no pensamos en Inglaterra. En que para Inglaterra, la cuestión española no valía la vida de un marinero inglés. (Duff Cooper). Pero nuestra fe fue tan grande que ni Inglaterra ha conseguido desmoralizarnos.

"Antes del fascismo que el Frente Popular", pensaron los conservadores ingleses aterrados instintivamente ante la fuerza, no telúrica sino histórica, que el pueblo español iba dando a una expresión política. Y para que el Frente Popular francés cediera, dijeron mentirosamente los ingleses a los franceses: "La justicia con el pueblo español significa la guerra". El fiat justitia et perat mundus, o la civilización, es todo lo contrario de una máxima política. No hay más remedio, pues, que abandonar al pueblo español en manos del fascismo. Un pueblo menos, ¿qué importa al mundo? Los franceses, los amigos, encontraron la respuesta consoladora: "antes el fascismo que la guerra". Es decir, histórica e históricamente: "antes la guerra que la guerra".

Ya está la guerra ahí. Y la civilización, que se pretendía salvar, en eminente peligro. Una civilización que, para salvarse, nos excluía inmolando. Nos que nos inmoló para perderse. Que nos tenía que inmolarse ciegamente, porque éramos su contradicción más escandalosa.

Ella paridora de guerras, el pueblo español moridor de paz. Estos han sido los frutos de la paz ideológica, la que va entre la guerra de España y la presente. Porque, como razón del desentendimiento aparente y no intervencionista de Inglaterra, ocasiones que se trataba en España de una guerra ideológica cuando lo que había, fuera del problema interno, naturalmente ideológico, era una clara agresión armada. En virtud del principio: "antes que el completo español ofrecía, el de la in-

surcción contra el Gobierno. Legítimo, la no intervención clásica explicada por los manuales de Derecho Internacional es la que permite al Gobierno que hace frente a una insurrección comprar armas en el extranjero y hasta solicitar auxilios efectivos de los Gobiernos legítimos sin que por ello la no intervención padezca. Porque no hay que olvidar, ofuscados por la palabra, que el no intervenir se refiere exclusivamente a la posible ayuda a los insurrectos.

Después de la era de la Santa Alianza éste fue el régimen internacionalista logrado y sostenido principalmente por Francia e Inglaterra. Con la guerra española y el mar de confusiones jurídicas con que los gobernantes de las grandes democracias, empleando equivocadamente las fórmulas consagradas — no intervención, neutralidad, voluntarios, etc. — con el deliberado propósito de echar arena en los ojos más o menos democráticos de los ciudadanos y de los amigos, inundan la conciencia europea y americana, efectivamente se instaura una nueva época en la historia política del Derecho de gentes, porque con el nombre de no intervención se practica en realidad todo lo contrario de lo que ella implica y son precisamente las mismas Francia e Inglaterra las que bastardean la fórmula.

Después del legitimismo intervencionista de la Santa Alianza y la legalidad no intervencionista de las democracias occidentales, se inaugura para España la no intervención que supone una intervención, con papales repartidos, en contra del Gobierno legítimo sostenido por el pueblo. Por eso un internacionalista francés de la Universidad de París, bien conocido, M. Le Four, que todavía tiene que valerse de sus conceptos académicos más recientes, para estudiar y justificar la política no intervencionista franco-inglesa en España, lo primero que hace es salirse de su terreno de internacionalista y bajar vergonzosamente cifras y datos con el objeto de demostrar la ilegitimidad del Gobierno republicano español.

Con arreglo a esa concepción partidista de la guerra ideológica y frente a una guerra que, desde el punto de vista internacional, único que debe tener en cuenta una política internacional limpia, no era, como venía ahora hasta los ciegos, más que una guerra en que se jugaba, como en todas, un nuevo reparto de fuerzas, se hizo una política también ideológica de paz, por la cual se fue concediendo a la voracidad fascista todo lo que ella pedía, en que como el lobo del cuento, trataba de comerse también al generoso donante.

Si la política de paz no hu-

biera sido ideológica sino sencillamente una pura política de paz, se hubiera mantenido esta sin concesiones y de este modo ella se hubiera comido a la guerra, volviendo el cuento por pasivo, porque la paz, pero una paz viva sin concesiones, era el enemigo mortal de la guerra, del fascismo; que sin el alimento azucarado hubiera forzosamente desfallecido. Porque necesitaba comer vorazmente para vivir, porque esa era su innegable naturaleza biológica. Sólo con voracidad, por otra parte, podía satisfacer las exigencias de una economía de guerra, de una economía violentada por aquella su enérgica naturaleza. Pero esto es lo que no se quiso, que desfalleciera el presunto gendarme de Europa, y se hizo una política ideológica de paz que nos ha traído esta catástrofe nada ideológica de la guerra pura relampagueante, en la que ni se invocan los principios, demasiado comprometidos.

Y ahora la situación para nosotros, republicanos españoles, es ésta. Primeros atacados, lo hemos sido, en formas distintas, por todas las potencias no intervencionistas, como lo preveíamos y gritamos a voz en cuello, poniendo el grito en el cielo y la sangre en la tierra, se han ananzado. Hay, pues, no dos sino tres beligerancias en la guerra, que se inició en 1936 y ahora continúa. El pueblo español vive todavía en el silencio de la opresión, en la sombra de las cárceles o al aire libre de la peregrinación. Y como las potencias que en nombre de su democracia inventaron la no intervención no han rectificado sino que, por el contrario — envío de Samuel Hoare a Madrid, intervención del rey, internar concentradamente a vascos y catalanes — nosotros seguimos donde estábamos y ellos donde estaban y seguimos siendo, antes que nada y después de todo, "hispanófilos" a secas, que ya se agotaron nuestras lágrimas.

Ya sé que esta política alida de acercamiento franquista se explica por razones vitales de defensa, pero, precisamente la razón vital es la que nos aconseja, la que aconseja al pueblo español, a no resignarse con su muerte. Y no es en nombre de una civilización que ha renegado en nosotros de sus clamorosos principios como se nos puede pedir, como se puede pedir al pueblo español que mueras definitivamente y que renuncies a su radical voluntad de vida nueva. Como no se nos ha hecho sitio mal podemos movernos del angosto pero profundo, como un surco, en que el destino nos tiene clavados.

(1) E. Dzelepy, "España de nuevo", "Inglaterra en España", Editorial Séneca, México, 1940.